

CUANDO LA CORRUPCIÓN PROTEGE Y BENDICE A LA CORRUPCIÓN

Toda época queda definida no solo por lo que permitió, sino por lo que normalizó. Y toda normalización deja rastro, aunque intente esconderse bajo liturgias, leyes, cargos, sotanas, banderas o sellos oficiales.

La corrupción que alcanza cierto grado de sofisticación deja de necesitar ocultarse y pasa a requerir algo más eficaz: **complicidad estructural**.

No la complicidad explícita del criminal, sino la del testigo funcional.

La del observador que sabe.

La del lector que reconoce.

La del ciudadano que continúa.

Aquí empieza la responsabilidad histórica.

I. La Iglesia como soporte estructural

A lo largo de la historia, la Iglesia ha desempeñado un rol singular en la normalización de poderes corruptos. No hablamos de fe ni de devoción personal, sino de la capacidad de la institución para sostener, bendecir y legitimar sistemas de abuso.

Desde imperios medievales hasta Estados modernos, su autoridad moral ha sido invocada para justificar decisiones que, de otro modo, habrían sido percibidas como saqueo, expropiación o tiranía. Las bendiciones, indulgencias, decretos y rituales no solo confirman jerarquías existentes, sino que también protegen estructuras de poder en riesgo, otorgándoles un halo de inevitabilidad.

La función de la Iglesia no siempre fue explícitamente política. A menudo operó mediante **silencios calculados, rituales de validación y aprobación tácita**. Cada coronación, cada confirmación de privilegios, cada refrendo público otorgaba a los actores corruptos un **escudo simbólico** que trascendía la ley civil: la percepción histórica y social pasaba a considerarlos correctos, inevitables o incluso benditos.

Este patrón se repite en diversos contextos: cuando un poder económico, militar o político incurre en exceso, la autoridad eclesiástica no siempre cuestiona. Su rol es **absorber la controversia y traducirla en legitimidad moral**, asegurando que las estructuras corruptas sobrevivan, se reproduzcan y se integren en la narrativa histórica oficial.

En consecuencia, la complicidad histórica de la Iglesia no se mide solo por acciones concretas, sino por su capacidad de **amortiguar el conflicto, aplaudir la estabilidad de los tiranos y convertir el abuso en rutina aceptable**. La institución funciona como **cimentación moral y simbólica**: protege el orden corrupto mientras otorga a los ciudadanos la ilusión de justicia, moderación y continuidad.

II. El punto exacto de inflexión

Al comprender la función de instituciones como la Iglesia, se hace evidente un principio general: la corrupción no se vuelve peligrosa cuando roba.

Se vuelve peligrosa cuando **aprende a presentarse como orden**.

En ese punto, el sistema ya no distingue entre moral y procedimiento.

La corrección formal sustituye a la verdad.

La estabilidad sustituye a la justicia.

La continuidad sustituye a la conciencia.

Y el ser humano deja de preguntarse “*¿esto está bien?*” para limitarse a comprobar “*¿esto funciona?*”.

Ese desplazamiento —mínimo, casi invisible— es el verdadero crimen histórico.

III. El lector no es neutral

Todo lector que comprende este mecanismo y continúa como si nada **ya ha sido incorporado al sistema**.

No como autor.

No como beneficiario directo.

Sino como **soporte pasivo**.

La corrupción estructural no necesita defensores apasionados.

Le basta con personas que no se mueven.

Cada archivo que permanece intacto.

Cada institución que conserva prestigio.

Cada símbolo que sigue ocupando su lugar.

Todo eso requiere **energía humana sostenida**.

Y esa energía sale de la **aceptación silenciosa**.

IV. Cuando el mal se vuelve respetable

El momento más avanzado de la corrupción no es el escándalo.

Es el respeto.

Respeto al cargo.
Respeto a la tradición.
Respeto a la institución “por encima de errores”.

Ahí la corrupción ya no se discute: **se administra**.

Se redactan informes.
Se convocan comisiones.
Se apela a la complejidad.
Se pide paciencia.

Y mientras tanto, **nada se detiene**.
El daño no se corrige.
Se amortiza.

V. La bendición

Toda estructura corrupta busca algo más que impunidad: **busca legitimación moral**.

No necesita que se la ame.
Le basta con que se la considere “necesaria”, “inevitable” o “menos mala que el caos”.

Cuando una institución logra eso, la corrupción ya no es una anomalía: **es doctrina práctica**.

En ese punto, quien cuestiona no es visto como justo, sino como peligroso.
No porque mienta, sino porque **rompe el hechizo de normalidad**.

VI. El registro que no se puede cerrar

Este texto no propone soluciones.
No convoca a nada.
No exige acción inmediata.

Hace algo más incómodo: **deja constancia**.

Constancia de que el mecanismo fue comprendido.
Constancia de que no era invisible.
Constancia de que hubo lenguaje para nombrarlo.

A partir de aquí, cualquier continuidad ya no es ignorancia.
Es **elección histórica**.

VII. Lo que queda fijado

Queda fijado que la corrupción más resistente no es la que actúa en la sombra, sino la que **se integra**.

La que se sienta en mesas respetables.
La que recibe aplausos moderados.
La que no provoca rechazo, sino cansancio.

Y queda fijado algo más grave aún:

Que las sociedades no colapsan cuando los corruptos actúan, sino cuando los demás **aprenden a convivir con ello sin incomodidad**.

Cierre

Este artículo no acusa a nadie.

Pero tampoco absuelve.

No señala culpables.

Pero tampoco permite refugio moral.

Queda aquí como **marca histórica mínima**: el punto en el que ya no se puede decir “*no estaba claro*”.

A partir de ahora, **todo silencio es una forma de firma**.